

Taitas tántricos taoístas

Los rollos del mar azul de Nilakanta. Poemas desde las montañas del Valle de Tenjo

LUIS ALBERTO OSPINA BOZZI

Taller de Edición Rocca, Bogotá, 2012,
132 págs.

I

A partir del título y el subtítulo, alcanza a verse por dónde irá el agua al molino en esta ocasión. Los rollos del mar azul remiten a *Los rollos del mar Muerto*, un conjunto de textos del Antiguo Testamento descubiertos en Qumrán, a orillas del este mar. La palabra Nilakanta proviene del sánscrito y significa Señor Shiva, el dios que junto con Brahmá y Visnú conforma la trinidad hindú. Las montañas del Valle de Tenjo, donde el autor vive y escribe, fueron importantes asentamientos y centros ceremoniales de los chibchas y conservan entre sus losas de piedra pictogramas hechos por los indígenas, a los que se hace alusión constante en estos poemas.

II

A la inspiración mística y terrígena declarada desde el comienzo, se le añade un horizonte ideológico patente en los epígrafes del libro. Son tres citas, en su orden, de un anarquista colombiano, Biófilo Panclasta; de un teórico y líder de la antipsiquiatría, el sudafricano David Cooper, y, por último, del poeta y fundador del nadaísmo, Gonzalo Arango. Una de las numerosas dedicatorias que Luis Alberto Ospina incluye a lo largo del texto condensa el tono del marco retórico y doctrinario recurrente en *Los rollos del mar azul de Nilakanta*:

¡Ríete, Gabriel! En memoria del
maestro Gabriel Quiroga,
poeta, pintor anarquista
(libertario); encarnizado guerrero
enemigo de Babilonia hipócrita y
carroñera. ¡Olé poeta!
[“dejar en paz la paz”, pág. 126]

III

La férrea vocación indigenista manifiesta en estos rollos nace forzosamente de una visión mítica e idealizada del pasado ancestral:

[...]
quiero decir de memoria esas
palabras
que grabó en la piedra el mensajero
[...]
ver surgir de la espesura del signo
la voz y la esperanza y la fe de
aquellos hombres
que recorrieron los caminos de la
tierra con sus lanzas
bajo el ojo sabio y luminoso del
cielo

[“Altiplano”, pág. 25]

En los antiguos petroglifos muiscas, así como entre los árboles, el viento, la niebla y los senderos de la enramada, Ospina Bozzi descubre y nos confía “una palabra enigmática / un susurro fecundo” [pág. 33] capaz de restablecer un estado primigenio de comunión mística con el universo. En las rocas, “bajo el musgo y las malezas del olvido”, reitera el autor, late un “oculto significado mágico” [pág. 24]:

[...] la voz necesaria para
encontrarnos
a nosotros mismos en el laberinto
a la luz de nuevas conexiones
que restauren las uniones perdidas
el nexo con todo lo que respira y
vive
el nexo con los hijos de la madre
tierra [...]

[“Alma del bosque”, pág. 32]

Tal como se advierte en la primera parte de “Los motivos del lobo”, el célebre poema de Rubén Darío, y en la también célebre película de Franco Zeffirelli *Hermano sol, hermana luna*, en *Los rollos del mar azul de Nilakanta* se insiste hasta el cansancio en la convicción bucólica y franciscana de una alianza fraterna entre el ser humano y la naturaleza:

[...]
¡escucha! te ha llamado su
“hermano”
el bosque te llama
te nombra
te llama su “hermano” [...]
[págs. 33-34]

[quiero] visitar a los amigos árboles
llamar hermanos a las hierbas y
ceibas
al viento y a los animales
hablar con el sol y las nubes [...]
[pág. 78]

IV

Esta visión idealizada de un pasado paradisiaco se corresponde –y no podría ser de otro modo– con la esperanza de un futuro utópico, al que solo podrá accederse después de trascender las lacras de un presente sombrío:

[...] cosecharemos entre risas
los cantos de la tierra que nos
pertenece
y a la que pertenecemos
el dolor retrocederá en las ciudades
como el agua que retoma su cauce
tras la inundación [...]
[“Desbaratar la propia ignorancia”,
pág. 40]

[...] el dolor retrocederá no habrá
más llanto
regresarán las aguas a su cauce
retornarán ancestrales aliados
en el poema del día
en la hermandad siempre presente
en la música de las estrellas que es
nuestra [...]
[“Cuando yo empiece a recordar”,
pág. 114]

V

Tras darle vueltas a esta persistente retahíla durante más de un centenar de páginas, sobreviene inútil la pregunta: ¿hacían falta 132 páginas para tratar de iniciarnos en el rancio catecismo *hippie* de esta nueva era muisca? El autor respondería que sí, obvio; pero para un lector renuente y suspicaz, no creyente, incrédulo, la experiencia de fatigar durante tantos versos los mismos tópicos termina siendo enojosa y soporífera. Es lo que suele ocurrir con toda literatura de tesis: que no ha sido escrita para hurgar en lo ignoto, sino para llover sobre mojado en un repertorio de lugares comunes y clichés previamente asumidos. Al leer y repasar este libro, lo que uno más resiente es esa tendencia maniquea a dividir tajantemente a la humanidad entre ‘nosotros’ –los bondadosos y sensibles–, y ‘ellos’ –los ignorantes, codiciosos e indiferentes–:

[...] ellos quieren talar el bosque
dejar rasa la tierra
el bosque sagrado de los antiguos
el bosque nuestro
el bosque valiente [...]
ellos no saben nada de la voz del
bosque

POESÍA		RESEÑAS
<p>del alma de los árboles y el espíritu de su fuerza nada saben del lugar donde florece la hermandad [“El bosque valiente”, pág. 122-123]</p> <p>[...] mientras afuera llueve y llueve y alistándose todos visten apresurados sus prejuicios para salir sin rumbo corriendo al trabajo esclavo nosotros rodeados de nuestra poesía [...] embriagados del todo y de todo atendiendo a las señales del firmamento vamos a amarnos más y más [“La bruja y el ángel”, pág. 93]</p> <p>VI</p> <p>[...] a todo asentía después cargaba su bestia y él mismo era la bestia así que se ensillaba a sí mismo cargaba a su buen amo se ponía la pesada carga encima... [“La colonia: capillita doctrinera”, págs. 63-64]</p> <p>“La colonia: capillita doctrinera (alter-nativo)” es el título de un poema extenso de <i>Los rollos del mar azul de Nilakanta</i> que rompe por una vez la monotonía imperante en el resto del libro. Es este un texto complejo, dinámico, dividido en nueve numerales, donde se abordan las circunstancias que rodearon la construcción de la capilla doctrinera de Tenjo en el siglo XVII:</p> <p>[...] del otro lado de los cerros del valle de Tabio y de Tenjo de Cota y de Subachoque traen maderas para el templo por el camino de Chitasugá vienen indiecitos de madera cargados de piedra y paja sus harapos por única alhaja [...] [pág. 59]</p> <p>Aquí, aunque el ingrediente esotérico sigue estando presente (“Camino al páramo/ escucharemos/ en las voces de la montaña/ el antiguo oráculo”) [pág. 56], pasa a un segundo plano ante la riqueza descriptiva de los detalles geográficos y etnolingüísticos que el autor despliega con propiedad y que, en esta oportunidad, no percibimos como mero exotismo <i>new age</i>, sino</p>	<p>como elementos históricos ceñidos a la atmósfera que se busca recrear. Desafortunadamente, con excepción de este caso y de un puñado de esporádicos destellos, la mayoría de textos de este libro naufraga ante el peso del énfasis doctrinario, del prurito aleccionador, de las excrecencias de los manifiestos nadaístas y de <i>Las enseñanzas de don Juan</i>, y de un multiculturalismo que en vano se empeña en cautivarnos con su sarta de referencias hinduistas, babilónicas, hebreas, griegas, tántricas, sufís, taoístas, amazónicas, quechuas y muisacas.</p> <p>No es que seamos indiferentes ante la necesidad de denunciar nuestra violencia endémica, la tragedia ecológica o la devastación de los pueblos indígenas, pero los versos no son el vehículo más idóneo para perseguir este tipo de objetivos. De buenas intenciones está empedrado el camino de los ripios. La poesía no tiene por qué, florece porque florece. Y nos ilumina de soslayo, no con los reflectores de la obviedad y la verborrea, que nos encandilan. Para decirlo con palabras del propio Ospina Bozzi, cuando en uno de sus textos prescinde por un instante de su macizo arsenal retórico y la poesía nos llega delicada y sutil como un gato:</p> <p>[...] como entra en las mañanas el gato casero cuando se cuela veloz por la rendija de la puerta apenas entreabierta aún más rápido que los colores del día [“bienvenida libertad de amar”, pág. 113]</p> <p style="text-align: center;">John Galán Casanova</p>	